

EL MOTÍN

Año XLIII

Madrid, Sábado 14 de Abril de 1923.

Número 15.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIO DE SUSCRIPCIONES

| MADRID | ULTRAMAR Y EXTRANJERO |
|------------------------|--|
| Trimestre.. 1,50 Ptas. | Año..... 10,00 Ptas. |
| Semestre.. 3,00 " | |
| Año..... 6,00 " | |
| PROVINCIAS | CORRESPONSALES |
| Trimestre.. 1,50 Ptas. | 25 números. 1,50 Ptas |
| Semestre.. 3,00 " | El pago de las suscrip- ciones es adelantado. |
| Año..... 6,00 " | Número suelto, 10 cts. |

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Calle de Alberto Aguilera, núm. 62.-MADRID.

De jueves á jueves

«Despáchese:

- De nivelación económica, 100 gramos.
- De reconstitución nacional, 100 gramos.
- De solución marroquí, 100 gramos.
- De agua de cerrajas, 100 litros.
- Mézclase según arte.»
- Y se obtendrá una declaración ministerial.

El viernes publicó la suya el Gobierno y se firmó el decreto de disolución. Aparte los ingredientes indispensables, que ya quedan especificados, cada gobierno echa á la mezcla las esencias que cree más apropiadas para hacernos tragar la pócima. Este, claro es, le ha echado esencias de las llamadas liberales: Responsabilidades y reforma constitucional con censura eclesiástica.

Del artículo 11, por supuesto, ni hablar. No es patriótico, como acaba de decir en Gijón don Melquiades, crear problemas que no existen. Comprenderá él mismo que no es oportuno declarar que el problema no existe cuando un zapato ancho, de pronunciados juanetes y de hebilla de plata; acaba de lanzar del Gobierno á un ministro; pero por nuestra parte hemos de ha-

cernos cargo también de que declarar que si existe hubiera sido menos oportuno todavía; con la peor de las inoportunidades, que es la inoportunidad electoral. Del mal el menor y de los candidatos los más.

Aparte de que quizás tenga razón don Melquiades. La cuestión religiosa no es en España propiamente un problema. El clero manda y los demás obedecen. Luego no hay problema. No hay nada ignorado ó dudoso que resolver.

Un párrafo de la declaración ministerial dedicado á la nivelación económica, termina hablando de acabar con «exenciones y tolerancias que dañan á un tiempo á la recaudación y á la justicia». Final bellísimo y capaz de arrancar (lo digo sin hipérbole) el voto á un difunto.

Mi teoría de que lo importante, más bien que los principios son los hombres, se confirma en las derivaciones de la catástrofe marroquí. Supóngase el expediente instruido por otro que Picasso, y el Supremo de Guerra y Marina presidido por otro que Aguilera. ¿Sería igual la situación? Los principios gubernativos y jurídicos se hubiesen salvado, pero en todas partes reinaría la paz; paz como en osario de Monte Arruit.

El juez, bajo la mirada vigilante del Supremo, ha procesado al general Navarro; el Supremo ha arrestado porque pecaron de blandura á quienes formaron el Consejo de Guerra que en Melilla condenó levemente á un oficial. Cada día se le da una vuelta al tornillo. Cuando la desconfianza empieza á ganarnos, surge un acto que nos acerca algo á la fe en que podría hacerse justicia. No es agradable, aceptemos que no es simpática tampoco, la misión del Supremo de Guerra y Marina; pero tengamos respeto á quienes llevan adelante una obra muy difícil resistiendo presiones y tentaciones formidables.

Las responsabilidades civiles están lejos aún; tanto, que todavía no es de mal gusto hablar de ellas en broma. Pero, no es verdad que en algunos momentos imaginamos una posible sanción, aunque inconcreta en su forma y su alcance? No es que abandonemos el derecho á la desconfianza; nuestro dinero y nuestra vergüenza nos ha costado. Pero pensemos tam-

bién en que un general sometido á proceso, es algo cuyo anuncio hubiera hecho reír á la España que ascendió á los generales del 98 y no pidió cuentas á los del 909.

No sabemos adónde llegará la ola, mas indudablemente ha subido hasta donde nunca subió. El nudo es el general Berenguer. Bien lo saben los políticos y por eso le defienden. No crea el general que todo es cariño. En los procesos militares que van, cada acusado intenta justificarse con el superior; la justificación del que era Alto Comisario será la que no pueda por menos de trascender á los que eran ministros.

Quiero repetir que ha producido esta situación la conducta de Picasso y Aguilera. No se la esperaban ni la ven con buenos ojos los hombres de gobierno, y en este mote encaja á todos, derechas é izquierdas, trabadas por vínculos de trampas á partir, de tolerancias mutuas y de parentesco; porque si algunos se dicen partidarios de las responsabilidades, es para sacar el mejor partido posible de un hecho que tienen que aceptar, de análogo modo que el lisiado aprovecha su defecto para pedir limosna, aunque preferiría tener los miembros útiles.

Las serpientes dan á la víctima para la lengua una especie de barniz para tragársela; aquí los expedientes y aun los procesos (por ejemplo, las aguas de Torremolinos) han sido siempre el barniz para tragarse los asuntos complicados. Picasso y Aguilera son dos personajes poco de fiar.

Al ocupar la cartera de Hacienda el reformista señor Pedregal, se encontró con que el reaccionario señor Bergamín había dictado una Real orden para que se hicieran efectivos los débitos por contribuciones de las Ordenes religiosas. No la derogó, pero tampoco la hizo cumplir. Y eso que algunas Comunidades debían cantidades muy crecidas. Sólo las del distrito de Buenavista en Madrid, estaban en descubierto por valor de 900.000 pesetas.

Dejó de ser ministro el señor Pedregal y le sustituyó don Miguel Villanueva, quedando inmediatamente en suspenso los procedimientos ejecutivos contra las Comunidades.

Y acaso haya candorosos que pregunten: ¿Pero no es liberal el señor Villanueva?

Sí; y hasta demócrata; por lo menos de eso blasona.

Y yo á mi vez pregunto:

¿Y son estos los hombres encargados de aquilatar las responsabilidades civiles en lo tocante á la guerra?

Sí; pero tranquilícense los que merezcan por las administrativas ir á presidio.

Quizás se cree para ellos una nueva condecoración titulada: *Ladrones beneméritos de la Patria*.

¿Puedo aspirar á más? No

Con el sello de la Alcaldía Constitucional de Valencia, recibí el día 4 este oficio, firmado por el Alcalde:

«La intensa labor ciudadana realizada por usted durante su trabajosa y dilatada existencia, ha merecido se le considere como benemérito de la Patria y de que se le manifieste pública y ostensiblemente por los conciudadanos y por las Corporaciones el eterno y profundo reconocimiento de gratitud. Inspirándose en estos sentimientos de agradecimiento, la excelentísima Corporación municipal, que me honro en presidir, en sesión de 23 de Marzo último, considerando digno de perpetuar su nombre para orgullo de las generaciones presentes y estímulo de las venideras, acordó rotular *Avenida de José Nakens* á la Sección del Camino de Tránsitos, comprendida entre la vía férrea de Valencia á Madrid y el Camino de Monteolivete.

Lo que me complace en participar á usted para su conocimiento é íntima satisfacción.

Dios guarde á usted muchos años.

JUAN ARTAL»

Y contesté con esta carta á ese oficio:

Madrid, 10 Abril 1923.

Sr. D. Juan Artal, Alcalde Constitucional de Valencia.

Muy señor mío y de toda mi consideración:

A las deudas de gratitud que tenía yo con los valencianos, entre ellas la de haber querido elegirme diputado á Cortes en 1903, añado hoy la que usted me notifica en su oficio fecha 4 del actual.

De cualquiera otra población de España que hubiese recibido esa honra, habríame halagado. De Valencia, cuando de tanto hombre ilustre en todas las manifestaciones del saber, y de tradición gloriosa en defensa de la Libertad, me enorgullece.

No he dado hasta hoy las gracias á esa Corporación, por haber querido hacerlo en este día de inolvidable recuerdo para mí, pues en él publiqué hace cuarenta y dos años el primer número de *El Motín*, semanario en el

que he ido vertiendo las ideas que tan reglamente me premia ahora ese Ayuntamiento, á cuyos individuos todos saludo fraternalmente, rogándoles me perdonen la torpeza de no haber encontrado, para demostrarles mi agradecimiento, palabras á la altura del favor que me han dispensado.

Su atento servidor q. b. s. m.

JOSÉ NAKENS

Después del juicio

De toda la eternidad venía el Ser Supremo complaciéndose en sus soledades. ¿Cómo, cuándo, por qué surgió en el Espíritu infinito la idea de la creación? ¿Qué motivo pudo determinar que fuera un momento ese mundo que nunca antes fué y nunca después será? ¿A qué ese Universo cuya vida, por más que se dilate en inmensidades de siglos, llenará apenas un instante fugitivo en la inmortalidad del eterno solitario del cielo?

¿Quién sabe! Ello así lo cuentan. En un instante indivisible del infinito tiempo, la mente divina concibió el plan y la voluntad absoluta se determinó á ejecutarlo. Entonces se realizó el gran milagro. De nada se hizo todo. A impulsos de la voz creadora surgieron el espacio, la materia, la forma y la vida. Los mundos llenaron la extensión vacía. La luz iluminó los ámbitos; el calor vivificó á los seres. La vida nació en el seno de lo inorgánico. Soplo Dios y apareció el alma.

Tiene el aislamiento sus inconvenientes, pero también sus ventajas. La creación fué para su autor motivo de sus grandes preocupaciones y cuidado. El hombre sobre todo le dió muchos disgustos. La primer pareja humana le salió desobediente. Elió como suyo á un pueblo y le resultó discolo, infiel, corrompido, idólatra. Envío á su propio hijo para redimir á los humanos del pecado, y la redención alcanzó á muy pocos, y los humanos siguieron pecando. Luego vinieron el progreso, las revoluciones, la ciencia, el descreimiento. La santa Iglesia de Dios sufrió muchas tribulaciones. Bien es verdad que, en compensación de tamaños sinsabores, los hombres dieron á su divino creador el espectáculo de tantas y tales tonterías, que más de una vez en el transcurso de los siglos la faz del Altísimo se desarrugó y de sus labios brotó la risa, sin ser parte la propia voluntad omnipotente á contenerla.

Aún no fué el de la impiedad el más triste de los espectáculos que el mundo ofreció á su autor. Dominando el *hosanna* de sus sacerdotes, mezclado y confundido con el holocausto de los fieles, llegó incesantemente á sus oídos el inmenso gemitido que exhalaba la creación entera, el bárbaro clamor de la cruel batalla de la vida, el grito del dolor, la queja de la opresión, el sollozo del infortunio, el rugido de la desesperación y el estertor de la agonía. Oyó llantos, blasfemias, maldiciones, conjuros, ruegos, alaridos, ruidos de cadenas y rechinar de dientes. El mal entero de lo creado, toda la abominación de la existencia se alzó hasta su trono inmortal como una protesta y un lamento. ¿Cuántas, cuántas veces, en la larga duración de las edades, el artífice del Univer-

so, conmovido por el inmenso infortunio de los seres, contemplando la desdichada condición de sus criaturas, á fuer de sabio, á fuer de santo, á fuer de misericordioso, á fuer de justo, se habrá sin duda arrepentido de su obra!

Todo acaba en el mundo, el mundo inclusive. Apareció por fin la aurora del día anunciado, del día temido, del día de la justicia, de la ira, de la expiación y del juicio. Todos los culpables de haber vivido comparecieron como reos en el valle de Josafat. El juez ocupó el estrado. Abrióse el juicio oral y público. Ofició el diablo de fiscal y el ángel guardián de abogado. Uno á uno todos los humanos fueron desfilando ante el temido tribunal. Largo, muy largo tiempo duraron los debates forenses. Mas, pronunciada al cabo la inapelable sentencia, dióse al mundo por finiquitado, pisando á sus respectivas y perdurables moradas los santos y los réprobos.

Una vez ultimada la liquidación definitiva de la vida, plugo á Dios contemplar el resultado. Y hé aquí lo que vió. Allí arriba, en incommensurables alturas, un puñado de justos gozaba la beatitud, un tanto monótona, de la paz y bienaventuranza eternas. Allí abajo, en el insondable abismo, la inmensa, la prodigiosa muchedumbre de los condenados se retorcia desesperada entre tormentos sin nombre que nunca deben acabar. Y entre el cielo y el infierno, el Universo, vuelto al caos, aparecía informe, monstruoso, oscuro, frío, desolado, como en un enorme cementerio de mundos muertos.

De nuevo resonó potente entonces por las huecas concavidades del vacío la voz angustiada á cuyo mágico conjuro la creación un día saliera de la nada. Y aquella voz decía:

—Pues, señor, bien pensado, la verdad es que he hecho un pan como unas hostias.

ALFREDO CALDERON

¡Ya dí con uno!

El fabricante de joyería cordobés, don Francisco Jiménez Caro, recibió el encargo de un amigo suyo de que le adquiriese varias reproducciones fotolitográficas de las más importantes obras pictóricas de Goya que se admiran en el Museo del Prado, de Madrid.

Mandó un botones, niño de pocos años, á que le diesen los que tuvieran en un establecimiento de artículos fotográficos; le dieron quince, eligió diez, enviólos las otras cinco en un periódico y las devolvió por el mismo chico, acompañado de un hijo del señor Jiménez.

A los muchachos les entró curiosidad de ver las láminas, las desenvolvieron, y estaban contemplando *La Maja desnuda* del inmortal pintor, cuando pasa un clérigo, se fija en ella, y la emprende á pescozones con el chico, le arrebatada todas las láminas, y las rompe en mil pedazos. El chico protesta llorando y recoge los trozos para justificar lo ocurrido.

El enterarse el señor Jiménez, marchó a denunciar el hecho a la Comisaría, y al llegar vió que entraba también un guardia con el botones, diciendo que lo había detenido por orden de un sacerdote.

Maltratar a un niño...
Romper láminas que reproducen obras maestras...

¡Por fin hallé un cura humanitario y civilizado!

Ya puedo morir tranquilo.

Constitución y Concordato

Nos bañamos en agua de rosas cada vez que la Iglesia les da con la badila en los nudillos a los liberales de nuestros tiempos. La odiamos por altanera, despótica y tiránica; pero nos es simpática por el desprecio y desdén con que trata a la chusma liberal y avanzada, que aparenta que se la va a comer cruda y luego tiembla como una liebre en presencia del lobo. Hacen bien en chillar el nuncio, hacen perfectamente en protestar los obispos. Pues qué, ¿no dijo el liberalismo, apenas nacido, en sus famosas Cortes de Cádiz, que la religión católica, apostólica y romana sería la única de los españoles? Pues por la boca muere el pez, y trágate el artículo 11 de la Constitución y todo el espermatozoide del Concordato que desde 1851 regula todas nuestras relaciones con la Santa Sede.

Reproduciremos el famoso artículo 11 de la Constitución, para que el público se percate bien de lo que se trata, y a lo que se refiere la reforma apoyada por el reformismo, que no atañe a todo el artículo, sino al párrafo tercero. Dice el citado artículo:

«La religión católica, apostólica, romana es la del Estado. La nación se obliga a mantener el culto y sus ministros.

«Nadie será molestado en el territorio español por sus opiniones religiosas, ni por el ejercicio de su respectivo culto, salvo el respeto debido a la moral cristiana.

«No se permitirán, sin embargo, otras ceremonias ni manifestaciones públicas que las de la religión del Estado».

Este párrafo es el que quería Melquíades Álvarez y el reformismo que se suprimiera. ¿Lo conseguirán?

Desde luego estamos seguros que no, porque esto entrañaría la declaración de la libertad de cultos, y Roma no quiere competencias en países en los que está acostumbrada a mandar como reina y señora.

El Estado en sí no debiera tener religión alguna, pues está compuesto de un aglomerado de millones de personas de todas las ideas y creencias. Debiera limitarse a exigir el respeto a todos los credos y dogmas, sin inclinarse al lado de este ó del otro. Que cada uno crea lo que tenga por más conveniente; que cada uno ejerza el culto que le sea más grato ó atraiga más sus convicciones; pero no se encasille a todo el mundo a la fuerza dentro de las normas y reglas de una religión que se llama oficial.

El reformismo y la llamada concentración liberal tenían contraído el compromiso de reformar, de acometer con valentía la supresión del párrafo tercero del artículo 11 de la Constitución. Pero hemos visto que a los primeros chillidos del episcopado

de han recogido velas y todo ha quedado reducido al sacrificio del ministro de Hacienda, Pedregal.

En el fondo, el Gobierno tiene miedo de la futura lucha electoral. Las derechas se han agarrado como a clavo ardiendo a estos intentos reformistas y, animados por la protesta colectiva de los obispos, se las prometen muy felices; los liberales reconocen que han sido poco oportunos en declarar esta batalla en víspera de elecciones, y ya hablan de dejarla para más adelante. Sí, para el día remotísimo en que el espíritu realmente progresivo no sea tan cobarde ni doble su cerviz ante el fantasma de la Iglesia, que vive de la leyenda de un poder, que ya no conserva sino en muy contadas naciones, como la nuestra.

Seguirán en pie el Concordato anacrónico de 1851 y el artículo 11 de la Constitución en toda su integridad. La acometividad de su reforma se considerará siempre inoportuna, prematura y lesionadora de sacrosantos intereses. Ya había corrido la voz de que el Vaticano cortaría con nosotros las relaciones diplomáticas, que denunciaría el Concordato, que llamaría al nuncio; en fin, una verdadera serie de catástrofes inauditas. Y la concentración liberal no está para estos trotes. El marqués de Alhucemas no renuncia a la reforma constitucional; pero, al inscribirla en su programa, no se fijó plazo para la misma. Entendido, y adelante con la farsa. ¡Y aun hay millares de imbéciles que afirman que en España no hay cuestión religiosa!

FRAY GERUNDIO

CURA SOCIOLOGO

Lo es el de las Caldas (Orense). Ha averiguado el por qué del malestar social, no sé si por inspiración propia ó del Espíritu Santo.

Dijo desde el púlpito, que la causa de la mala situación del mundo es que los hombres y las mujeres se multiplican de una manera escandalosa, pues hay matrimonio que tiene seis u ocho hijos, y que si tuvieran solamente uno ó dos, habría pan para todos.

Debí advertir, antes de decir esto, que Jehová no puso límites al precepto «creced y multiplicaos», y que hizo su cumplimiento tan agradable, que hombres y mujeres se desviven por demostrarle que lo acatan, pues únicamente los curas se abstienen de tener hijos, prefiriendo dedicarse modestamente a la confección de sobrinos.

¡Si no hay clericalismo!

Falleció en Acebal, concejo de Salas, una joven, y el padre dispuso que fuera enterrada en el cementerio civil.

A las once de la mañana siguiente, quinientas y pico de personas se habían reunido para acompañar el cadáver, entre ellas varias jóvenes que solicitaron llevar en hombros el féretro.

A las doce emprendieron la marcha en dirección al pueblo y parroquia de Labio, y al llegar pidieron la llave del

cementerio civil al alcalde, el cual dijo que la tenía el cura ecónomo; se la pidieron á éste, y contestó que no la daba porque allí no había cementerio civil, pues el que había fué bendecido por su antecesor el cura párroco, y perdió ese carácter; y que sólo daría la llave si el padre de la difunta se prestaba á que tocasen las campanas á muerto y se bendijese la sepultura, á lo que el padre no accedió.

Más tarde pudo conseguirse que el cura permitiera depositar el cadáver en el cementerio civil, entre tanto se avisaba al alcalde de Salas y al gobernador y solo al recibir una segunda orden de enterramiento se le dió al cadáver sepultura ¡a los cuatro días!

Nada de la relatado me extraña, pues sólo encuentro en ello una novedad.

La de que existan curas de tanto talento, que hayan resuelto el problema de convertir en católico un cementerio civil, con echarle una bendición.

Veo que se va civilizando la clase merced al empeño que siempre puse en desasnar á sus individuos, tanto como en moralizarlos.

Esto último, aunque no lo he conseguido, conservo alguna remota esperanza de lograrlo aún; que nada hay imposible cuando se pone la voluntad á las órdenes de la justicia.

El necio y el sabio

Una vez se encontraron dos hombres. Uno preguntó al otro:

—¿Quién eres?

Este contestó:

—Soy un necio; me llaman el trabajador. Ahora dime, ¿quién eres tú?

—Soy—replica el primero—un sabio; los hombres me llaman señor.

—¿En qué te ocupas?

—En enseñar á necios como tú.

—¿Quieres enseñarme?

—Con mucho gusto. Ven conmigo.

El necio fué con el sabio, quien le condujo ante una pila de ladrillos y maderas.

—Edifícame un gran palacio y una cabaña pequeña—dijo el sabio.

El necio los hizo, y cuando estuvieron terminados, el sabio le dió algunas monedas diciéndole:

—Yo viviré en mi palacio, porque lo he ganado con mi trabajo intelectual. Tú irás á vivir á la cabaña, que es mejor para ti, pues siendo necio, no podrás apreciar el mérito artístico del palacio; los clavos de tus zapatos estropearían las ricas alfombras; y puesto que la cabaña me pertenece (ya sabes que la hiciste para mí), es muy justo que me pagues el alquiler por el derecho de vivir en ella.

El necio vivió en la pequeña cabaña y pagó el arrendamiento, diciendo:

—¡Qué sabio es! ¡Jamás hubiera yo

pensado en construir una cabaña para mí si él no me lo hubiera dicho, y no podría pagar el alquiler si él no me diera un jornal!

El sabio puso al necio á cavar en una mina diciéndole:

—Saca carbón de las entrañas de la tierra, y cuando yo lo haya gastado, te daré las cenizas para que te calientes.

El necio sacó el carbón y dijo:

—Este hombre, no es sólo sabio, sino bueno, porque me da las cenizas cuando podría tirarlas.

El sabio dijo al necio:

—Necesito alguien que me vista, me calce, guise para mí, etc. Dame algunos de tus hijos para que me sirvan.

El necio dió sus hijos, diciendo para sí: «Esto es bueno; él los enseñará á ser sabios como hace conmigo, y ellos llegarán algún día á ser caballeros como él.»

Algunos días después el sabio dijo al necio:

—Como al tomar tus hijos á mi servicio he tenido que aumentar mis gastos, tendrás que conformarte con menos jornal á fin de que yo pueda pagarles como corresponde.

El necio se rascó un momento la cabeza, pero al fin dijo:

—¡Ah! Sí; es necesario que se pague á mis hijos. Consiento; todos tenemos que vivir.

El inteligente le dijo al ignorante:

—Constrúyeme dos escuelas, una grande y otra pequeña, donde se eduquen nuestros hijos.

—¿Porqué—dijo éste—han de ser una gran le y otra chica?

Y el otro respondió:

—Porque siendo mis hijos caballeros inteligentes, como yo, necesitan una gran educación para poder desarrollar de un modo conveniente sus facultades intelectuales, y para eso hace falta una escuela grande. Mientras que tus hijos, siendo los de un necio, tendrán que trabajar con sus brazos, como tú, y les bastará con la pequeña. Ahora bien; no debes esperar que se eduque á tus hijos de balde; por ello has de pagar.

Un día se presentó el sabio al necio de muy mal temple y le dijo:

—¿Has estado pensando?

—Sí—contestó el otro.

—No lo permitiré. Si vuelves á hacerlo, te impondré un castigo.

—¡Ah!—gritó el simple, soltando las herramientas—tú mismo te has descubierto. Si fueras tan inteligente como supones, sabrías que es imposible, hasta para los necios como yo, el dejar de pensar alguna vez. Ya te conozco: eres un bribón.

Al día siguiente el esclavo hizo una bandera roja, tomó las armas y se rebeló contra su amo.

El pensar fué el principio de la revolución, á cuyo término aún no hemos llegado.

W. ANDERSEN

INTIMIDADES

Gabinete elegante. Son las diez de la noche. MEDIÓCREZ, vestido de frac, pasea con inquietud, como quien desea marcharse. MATILDE habla nerviosamente para entretener á su marido.

MATILDE.—Vamos, hombre, no te impacientes y charla un rato conmigo. No me concedes ni un mal cuarto de hora.

MEDIÓCREZ.—¡Estoy tan ocupado! Ya tú ves; en estos días de agitación parlamentaria... Como que vamos á petir las cuarenta horas.

MATILDE.—(Con alegría.) ¡Ah! ¡pero celebráis cuarenta horas? Por fin os retoca Dios al corazón.

MEDIÓCREZ.—Sí; tenemos que combatir al Gobierno. O somos ó no somos liberales.

MATILDE.—A propósito de liberales. ¿Es verdad que tú te dejaste llamar anticlerical el otro día?

MEDIÓCREZ.—¡Yo!

MATILDE.—Sí, hombre, tú. Me lo dijeron en la última reunión de *La Almohadilla piadosa*. ¿Sabes quién me lo dijo? Anita Pérez, y me lo contó con un gesto desdefioso.

MEDIÓCREZ.—¡Con que la de Pérez! Pues su marido bien enérgico estuvo el otro día. ¡Cómo le aplaudimos aquella frase! «Queréis poner cogulla al Este do?»

MATILDE.—¡Ah! ¿Dijo eso? Pues luego en casa no hay más voz que la de su mujer. Sus hijos, en Chamartín están con los jesuitas; y su mujer y sus hijos son las que mangonean en *La Almohadilla piadosa*. Y bien que las distingue el señor obispo...

MEDIÓCREZ.—Pero, mujer; tú sabes que yo no faltó á Dios, que soy creyente.

MATILDE.—Eso no basta. Nos estamos poniendo en ridículo. ¿No ves que es cursi ir contra los pobrecitos frailes y las pobrecitas monjas? Bueno que os llaméis liberales; pero poneros en berlina haciendo de jacobinos, ¡jamás!

MEDIÓCREZ.—Considera que yo aspiró á una posición política.

MATILDE.—¿Y para eso te haces radical? ¡Bobo!

MEDIÓCREZ.—¡Mujer!...

MATILDE.—Y, en fin, yo no quiero que hagas ciertas cosas, porque no me gusta que me miren mal las amigas. Y así cuenta con lo que hablas en el Congreso. ¡Y nada de reuniones, ni de casinos democráticos, ni de ideas exageradas! Liberal mientras lo consienta el buen tono; pero ni un paso más. ¿Lo entiendes?

MEDIÓCREZ.—(Muy humilde.) Bueno, mujer. ¡No te enfades! Y ahora permíteme...

MATILDE.—¿Qué, te empeñas en salir?

MEDIÓCREZ.—Sí; estoy citado...

MATILDE.—En el Círculo político ¿verdad? Para declarar la guerra al Papa, ¿no es eso?

MEDIÓCREZ.—No, mujer. Estoy citado en la Zarzuela.

MATILDE.—Si vas al teatro, te dejo. Eso no me importa.

(Mediocre hace mutis por el foro. Matilde hace examen de conciencia: se va á confesar al día siguiente.)

H.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Valentín Rodríguez, Piña de Esgueva, 4 pesetas; José Núñez, Guadalajara, 2.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Barcelona.—Benito Roura; abonada su suscripción á fin Diciembre 1923.

Guareña.—Juan Alvarez, id. á fin Febrero 1924.

Olvera.—Juan Cabrera, id. á fin Junio 1923.

Élida.—Pascual Bañón, id. á fin Junio 1923.

Alfara de Algimia.—Francisco Herrera, id. á fin Diciembre 1923.

Idem.—Vicente Compañ, id. á fin Diciembre 1923.

Puerto de la Luz.—Vicente Padrón; recibido su giro de 140 pesetas; conforme.

Ayna.—Juan A. García, id. de 5'65; conforme.

Tomelloso.—Jesús Cepeda, id. de 10'50; conforme.

Málaga.—Miguel Torres, id. de 21'10; conforme.

Alburquerque.—Martín Rivero, id. de 4'20; conforme.

Mieres.—Juan González, id. de 20'40; conforme.

Monforte.—José Pérez Meira, id. de 15'7; conforme.

Vinaros.—Agustín Saura, id. de 10'90; conforme.

Huesca.—Jorge Novales, id. de 12; conforme.

Córdoba.—Rafael G. Requena, id. de 16'50; conforme.

Carriñena.—Blas Isiegas, id. de 6; van libros.

Morón de la Frontera.—Manuel Plaza, id. de 100; van libros.

Ulvera.—Enriqueta González, id. de 3; conforme.

Daroca.—V. Pló, id. de 6'95; conforme.

Alcázar de San Juan.—Valeriano Escribano, id. de 2'45; conforme.

Sestao.—Isidro Izquierdo, id. de 20'40 á su cuenta.

Corbera.—Francisco Nacher, id. de 3'60 á cuenta.

Salobreña.—Francisco Pareja, id. de 7'60; conforme.

Blanes.—Rafael Martí, id. de 3'90; conforme.

Port Bou.—José Mont, id. de 10 á cuenta.

Avilés.—Ramón Varela, id. de 10 á su cuenta.

Valladolid.—J. J. Higuera, id. de 30 á su cuenta.

Montijo.—Francisco Zambrano, id. de 3'80 á cuenta.

Imp. Juan Pérez.—Paseo de Valdeilla, 2.—Madrid.